

español, sin imaginar que Mauricio le estaba engañando y entreteniendo con aquellos mismos espías, fingiendo ignorar su trato, y burlando así una sagacidad con otra sagacidad mayor. De esta manera logró Mauricio llegar al término de sus preparativos y tenerlo todo en sazón, sin que se traslucieran, ó por lo menos sin que se reveláran sus designios; cosa admirable y rara en negocios y tramas que últimamente tuvo ya que confiar á muchos ⁽⁴⁾.

Cuando llegó el momento de obrar, anunció que iba á Inspruck en cumplimiento de lo que tantas veces habia ofrecido. En el camino fingió sentirse fatigado, y envió delante su confidente á avisar al emperador el motivo de su retraso y que estaria en Inspruck dentro de unos dias. Mas apenas habia aquél partido montó á caballo, dirigióse á la Thuringia, se incorporó y puso al frente del ejército que allí tenia preparado, arrojó la máscara y publicó un manifiesto en que decia, que tomaba las armas contra el emperador para rescatar al landgrave de la indefinida cautividad en que gemia, para defender la libertad de conciencia y restablecer las libertades políticas del pueblo alemán (marzo, 1552). También dieron sus manifiestos el margrave Alberto de Bran-

(4) Entraban en la liga, además y el landgrave de Hesse, el duque de Luneburgo, el marqués de Brandeburg, el duque Jorge de Mecklemburgo, y otros muchos barones y señores alemanes.

deburg y Enrique II. de Francia: este último se apellidaba *Protector de las libertades de Alemania y de sus cautivos príncipes*. Hacíase cargo y se acusaba á Carlos V. de haber confiado el sello del imperio á un extranjero que no conocia ni la lengua ni las leyes del país, el obispo Granvela; de haber llevado al imperio tropas extranjeras que saqueaban y maltrataban á los naturales: de su predilección hácia los españoles y flamencos; de la servidumbre, en fin, en que queria tener la Alemania. De estos cargos algunos eran exagerados ó injustos: mas de todos modos vio Carlos V. reproducidas en Alemania quejas semejantes, y alzamientos parecidos á los que treinta años antes habia provocado, bien que con mayor fundamento, en Castilla.

Tan desapercibido se hallaba el emperador, tan ageno estaba de suponer en Mauricio una deslealtad y tan ingrata correspondencia á los favores y distinciones que le habia prodigado, tan deseminadas tenia sus fuerzas en Italia y en Hungría, y tan inesperado fué para él este golpe, que cuando empezó á volver del primer asombro ya Mauricio con una actividad prodigiosa se habia apoderado de algunas ciudades de la alta Alemania, repuesto en ellas el culto y los ministros y magistrados protestantes, y avanzado con admirable audacia á Augsburgo, de cuya ciudad se posesionó también, habiéndose retirado, por no creerse bastante fuerte para esperarle, la guarnición im-

perial (1.º de abril, 1552). Carlos V. el monarca entonces mas poderoso del mundo, se encontró en Inspruck sin dinero y casi sin tropas, pues apenas tenia las necesarias para la guarda de su persona, y en peligro de verse envuelto por uno de sus muchos vasallos, que le debia todo lo que era. En tal situacion valióse de su hermano Fernando para que negociára con Mauricio, y éste, á quien convenia entretener apareciendo ser él el entretenido, accedió á tener una entrevista con Fernando en Lentz, ciudad de Austria, dejando en tanto encomendado el ejército á Alberto de Mecklemburgo, que en verdad no hizo otra cosa que devastar el pais llano, conduciéndose menos como gefe de un ejército regular que como caudillo de bandas de incendiarios y de ladrones.

Mas á propio tiempo, Enrique II. de Francia, en ejecucion de un tratado, avanzaba con poderoso ejército por la parte de Lorena. Una enfermedad peligrosa de la reina Catalina obligó á Enrique á volver á Francia, dejando el mando superior de las tropas al antiguo condestable de Montmorency, desterrado por Francisco I. y repuesto en la real gracia por su hijo Enrique. Prosiguió el condestable su marcha, y cuando el monarca francés, mejorada la reina su esposa, volvió á incorporarse al ejército espedicionario, ya el condestable le tenia ganadas las ciudades de Toul, Verdun y Metz, esta última la mas importante y la mas fuerte de la Lorena, en la cual habia entrado

por astucia y engaño suyo y por traicion de una parte de sus moradores. Desde Metz avanzaron ya juntos el rey y el condestable hácia la Alsacia, donde intentaron en vano apoderarse de varias ciudades por los mismos medios que con tan buen éxito habian empleado en Metz.

La conferencia entre Fernando y Mauricio no habia dado otro fruto que acordar otra entrevista para el 26 de mayo en Passau, y una tregua que duraria dos semanas después. Pero el activo y sagaz Mauricio, aprovechando el intervalo que Fernando tuvo la imprudente imprevision de dejar entre el 9 y el 26 de mayo, salió apresuradamente de Suabia, volvió á ponerse al frente del ejército, marchó con una celeridad extraordinaria en soldados alemanes, se apoderó de Ehreberg, fuerte castillo situado sobre una escarpada roca, cayó sobre el Tirol cuando menos podia esperársele, y á no haberle embarazado la sublevacion de unas compañías de mercenarios que le costó trabajo apaciguar, hubiera tal vez sorprendido al emperador en Inspruck, y héchose quizá dueño de su persona. Cuando llegó Mauricio á Inspruck, no hacía sino unas horas que habia partido el emperador. Aquel Carlos V. que acababa de subyugar la Alemania, y cuyo inmenso poder tenia poco antes asombrado el mundo, habia tenido que huir de Inspruck en una noche lóbrega y tempestuosa, llevado en una litera, porque la gota no le permitia marchar

de otro modo, con los caballeros de su corte, á caballo unos y á pie otros, teniendo que franquear las montañas del Tirol por veredas desconocidas alumbrándole con hachas de viento sus criados. De esta manera llegó Carlos V. atravesando ásperas montañas á Villach, pequeña ciudad de Iliria ⁽¹⁾. Mauricio, su perseguidor, despues de repartir entre sus soldados el botin cogido en Inspruck, regresó á Passau para celebrar su conferencia con el rey Fernando el dia convenido.

Consternados tambien los padres del concilio de Trento con tan inopinada guerra, desertándose cada dia ó por temor ó por disgusto, los prelados alemanes, y no pensando ya cada cual sino en su seguridad propia, propúsose una suspension y se aprobó en sesion general (28 de abril, 1552), aplazándose la reunion para dentro de dos años, ó para antes, si antes cesaba la guerra y se restablecia el sosiego. Esta decision á la cual solo se opusieron los prelados españoles, que opinaban por permanecer en Trento arrojando todos los peligros, se tomó antes que co-

(1) «¿Quién pudiera saber (dice hablando de esta desastrosa huida un historiador alemán) lo que pasaba en el fondo del alma de Carlos!... Acaso en estos dias infortunados concibió la resolucion de deponer la corona, si una vez podia sosegar la tormenta, y renunciar al fausto del mundo para retirarse á una soledad profunda, solo con el Eterno, con el Dios inmutable. Entonces volvió la liber-

tad al elector de Sajonia, su prisionero. Su vista debia serle ya penosa; porque aquel elector, que hecho prisionero en la landa de Lockau se habia arrojado á sus pies bañado en sangre demandándole gracia, le veia ahora fugitivo á través de montañas impracticables, enfermo, sin socorro, y perseguido por otro elector de Sajonia, á quien él, en tiempos de prosperidad, habia hecho poderoso.»

menzaran las conferencias con los protestantes ⁽¹⁾.

No habian correspondido los progresos de los franceses en Alsacia á los que en el principio habian hecho en la Lorena. Las ciudades se fortificaban y les resistian en vez de franqueárseles. Strasburgo anduvo cauta en no permitirles el paso: los electores de Tréveris y de Colonia, el duque de Cléves, los cantones suizos advertian á Enrique que no se olvidara de que iba como protector, no como opresor de Alemania, y le decian que no pasara adelante: la reina de Hungría, gobernadora de Flandes, habia levantado un ejército de cerca de veinte mil hombres, que al mando de Martin Van Rossen penetró y andaba talando la Champaña: escaseaban á las tropas francesas los víveres, y todo esto obligó al de Francia á retroceder, y á llevar sus estragos al Luxemburgo, no sin que antes, satisfaciendo un poco su orgullo, mandara que llevasen los caballos á beber en el Rhin, como quien hacia alarde de haber llevado sus armas hasta las márgenes de aquel rio.

A esto se habian reducido las operaciones que con tanta arrogancia emprendiera el francés con el pomposo título de protector y libertador: asi como por su parte, el marqués de Brandeburg, que mandaba un cuerpo de ocho mil hombres, no habia hecho otra cosa, segun indicamos, que devastar y aniquilar las comarcas que corria, aterrar y saquear las poblacio-

(1) Concilio de Trento, Sesion 16.^a—Pallavic. Hist. del Concilio. TOMO XII. 21

nes, descargar un furor bárbaro sobre los eclesiásticos adictos al papa, y desacreditar con sus vandálicas escursiones aquella moral y aquella tolerancia de que querian blasonar los protestantes.

Verificábanse en tanto las concertadas conferencias entre el duque Mauricio de Sajonia y el rey Fernando de Bohemia, hermano del emperador, en Passau (26 de mayo, 1552); conferencias á que dieron mayor importancia y solemnidad asistiendo como mediadores algunos príncipes, obispos y representantes de los electores y de las ciudades libres del imperio. Lo que en ellas pedía el duque Mauricio era lo mismo que decia en su manifiesto haberle movido á tomar las armas contra el emperador. Otorgarlo todo, parecia que era rebajar demasiado la alta dignidad de un soberano como Carlos V., y ni Fernando ni sus embajadores se mostraban dispuestos á concederlo. Era ya, sin embargo, tan vivo el deseo de paz entre protestantes y católicos, habian unos y otros sufrido tanto con las guerras, y se hacia tan temible aun á los adictos á la iglesia romana el ejercicio del poder imperial absoluto en el pueblo alemán, que todos los mediadores se convinieron en escribir á Carlos rogándole libertase la Alemania del azote de la guerra civil, satisfaciendo en cuanto pudiese las pretensiones de Mauricio. La situacion de Carlos era para meditarlo con madurez. La fuga de Inspruck le habia hecho perder mucha fuerza moral: hallábase sin sus mejo-

res tropas: conocia toda la astucia y toda la energía de su nuevo enemigo: tenia al francés dentro de sus propios estados, y sabia que Enrique, como su padre Francisco, andaba provocando al turco contra él y contra su hermano, y escitándole á que obrara en Hungría y en las costas de Sicilia y de Nápoles: la España disgustada del largo alejamiento de su soberano, y cansada de ver morir sus hijos y consumirse sus tesoros en apartadas regiones y en guerras inútiles para ella, repugnaba y dificultaba enviarle sus hombres y su dinero. Estas y otras consideraciones, por mas desagradables que fueran á quien se acababa de ver tan poderoso y habia sido tantas veces vencedor, merecian pensarse antes de rechazar la transaccion que se le proponia.

Para esforzar estas razones pasó Fernando en persona á Villach, residencia del emperador su hermano. Fernando las tenia tambien muy fuertes para desear por su parte la paz, y no era la menos atendible el ofrecimiento que Mauricio le habia hecho de ayudarle personalmente y con todo su ejército en Hungría, siempre que aquella se estableciera sobre bases sólidas y firmes. Pugnaba, pues el emperador entre los poderosos motivos que le aconsejaban la paz, y el sacrificio de amor propio de doblegarse á las exigencias de uno de sus antiguos súbditos que le debia todo lo que era, y de renunciar á un plan con tanto ardor comenzado y con tanta constancia prose-

guido. Fué, pues, su primera respuesta negarse á toda condicion que le obligára á reconocer el libre ejercicio de la religion protestante; y pedir ademas la indemnizacion de las pérdidas que le habia hecho sufrir el desenfreno de las indisciplinadas tropas de algunos confederados. Muy sobre sí estaba Mauricio para aceptar como admisible esta proposicion, bien la considerara como formal negativa, bien como medio de entretenimiento. Y conociendo que la mejor manera de estrechar al emperador era mostrarse parte y obrar con resolucion y energía, salió bruscamente de Passau, y dando por rotas las conferencias y poniéndose de nuevo á la cabeza de sus tropas, procedió á sitiarse formal y vigorosamente la ciudad de Frankfurt-am-Elde-Mein.

Redobló entonces Fernando sus instancias con el emperador su hermano. Aflojó tambien Carlos de su primera dureza, y se prestó mas benévolo á oír las proposiciones de paz, con tal que Mauricio cediera tambien en algo en sus demandas. Y como él de Sajonia, á pesar de toda su aparente arrogancia, comprendiese bien lo temible que podia ser todavía un esfuerzo del emperador, poco á poco fueron ambos llegando á términos de poder concertarse y transigir. Volvió, pues, Mauricio de Sajonia á Passau, y todas aquellas pláticas y negociaciones dieron por fruto el tratado siguiente (31 de julio, 1552):

Que para el 12 de agosto los confederados licen-

ciarían sus tropas, á no ser que quisiesen servir al rey de Romanos, ó á otro príncipe, siempre que no fuesen contra el emperador: que para el mismo dia seria puesto en libertad el landgrave de Hesse, y conducido con seguridad á su castillo de Rheinsfeld, cumpliendo él lo que ofreció á Carlos cuando fué preso: que dentro de seis meses se celebraria una dieta en la cual se decidirian todas las cuestiones religiosas: que entretanto ni los unos ni los otros se perturbarian en el ejercicio de su respectiva religion y culto: que la cámara imperial administraria justicia imparcial é indistintamente á católicos y protestantes: que no se pidieran los daños hechos en esta guerra hasta que la dieta lo determinára: que el marques de Brandeburg pudiera ser comprendido en este tratado con tal que desarmára y licenciara luego sus tropas: que los confederados se apartarian de la alianza con el rey de Francia, y que éste pudiera esponer sus agravios al duque Mauricio, y el duque informar de ellos al emperador: que si la futura dieta no lograba terminar las contiendas religiosas, la parte de este tratado favorable á los protestantes quedaria válida para siempre (1).

Tal fué el célebre tratado de Passau, por el cual se vieron desvanecidos todos los grandes proyectos que por espacio de tantos años habia formado y tra-

(1) Coleccion de Tratados de plomat.—Sandoval, libro XXXI. paz, tom. II.—Dumont, Corps Di- par. 25.—Robertson, lib. X.

bajado por realizar el emperador Carlos V. sobre el imperio alemán, y principalmente para impedir en aquellos dominios la propagación de las doctrinas luteranas y el ejercicio de la religión protestante, la cual desde este convenio recibió una autorización pública y legal de que siempre había carecido. Así se frustraron también en gran parte los esfuerzos del concilio Tridentino por restablecer la unidad del dogma católico en la Iglesia cristiana. Este tratado, humillante para Carlos V., y más por haberle sido impuesto por uno de sus vasallos que solo á la sombra de su favor había adquirido la importancia que llegó á alcanzar, señala el punto de decadencia del antes inmenso é ilimitado poder del emperador. Es igualmente notable y extraño que quien más quebrantó el poder de Carlos y quien más consolidó la reforma en Alemania, fuese el mismo que poco antes había ayudado más á los triunfos del emperador, y á la destrucción de la confederación reformada. Por tan extraños caminos conduce la Provideucia los sucesos y los encamina á sus altos y ocultos fines.

CAPITULO XXIX.

CARLOS V. Y ENRIQUE II. DE FRANCIA.

De 1552 á 1556.

Campana del emperador contra Enrique II. de Francia.—Grande ejército.—Célebre sitio de Metz.—Pásase al emperador el de Brandeburgo con su gente.—Heróica defensa de Metz: el duque de Guisa.—Trabajos y calamidades del ejército imperial.—Desastrosa retirada.—Rebelión y guerra de Siena.—Descontento y alteraciones en Nápoles.—Armada turca en Italia.—Guerra civil en Alemania.—Muerte de Mauricio de Sajonia.—Refúgiase en Francia el de Brandeburgo.—Guerra entre franceses y flamencos.—El príncipe Filiberto de Saboya.—Enrique II. de Francia en Flandes.—Se ve obligado á retroceder á su reino.—Guerra en el Piamonte.—Casamiento del príncipe don Felipe de España con la reina de Inglaterra.—Carlos V. le cede el reino de Nápoles y el ducado de Milán.—Nuevas guerras entre Carlos y Enrique.—Estragos horribles de unos y otros ejércitos.—El duque de Alba, generalísimo de las tropas del Piamonte: su fama en Italia: lo que hizo.—Trama de un guardian de San Francisco para entregar á Metz, y su resultado.—Dieta de Augsburgo.—Reconócese la libertad de cultos en Alemania.—Sucesión de pontífices.—Paulo IV.—Su carácter.—Su odio al emperador.—Alianza de Paulo IV. y Enrique II. contra Carlos V.—Proceder de Carlos y de su hijo Felipe con el papa.—Abdicación de Carlos V. en su hijo.

Por más sensible que sea al historiador español tener tanto tiempo apartada su vista de España, durante la larga ausencia del emperador; por más que